

Domingo XIII del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2013 y Homilía del 1 de octubre de 2013**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilía a cargo de **D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Pbro. José MARTÍNEZ Colín (Culiacán, México)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LOS TRES CANDIDATOS A DISCÍPULOS

1 R 19, 16. 19-21; Ga 5,1. 13-18; Lc 9, 51-62

Las circunstancias del llamado de estos tres discípulos anónimos permanecen imprecisas, nada sabemos de la identidad, el lugar o la fecha cuando ocurrieron, pero no importa demasiado, porque esos tres discípulos podríamos ser cualquiera de nosotros. Uno está movido por el entusiasmo desmedido, el segundo y el tercero quieren seguirle una vez que resuelvan sus pendientes más urgentes en relación a su familia. La respuesta que el Señor Jesús da a esos tres candidatos es distinta en el contenido, pero semejante en cuanto a las exigencias: es necesario establecer jerarquías y anteponer el seguimiento de Jesús a otros valores (el bienestar material mínimo, los deberes filiales y los vínculos familiares) que también son importantes, pero que no se equiparan con el valor supremo, que es el Reino de Dios.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Sal 46, 2**

Pueblos todos, aplaudan; aclamen al Señor con gritos de júbilo.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que mediante la gracia de la adopción filial quisiste que fuéramos hijos de la luz, concédenos que no nos dejemos envolver en las tinieblas del error, sino que permanezcamos siempre

vigilantes en el esplendor de la verdad. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Se dice Gloria.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Eliseo se levantó y siguió a Elías.

Del primer libro de los Reyes: 19, 16. 19-21

En aquellos tiempos, el Señor le dijo a Elías: “Unge a Eliseo, el hijo de Safat, originario de Abel-Mejolá, para que sea profeta en lugar tuyo”.

Elías partió luego y encontró a Eliseo, hijo de Safat, que estaba arando. Delante de él trabajaban doce yuntas de bueyes y él trabajaba con la última. Elías pasó junto a él y le echó encima su manto. Entonces Eliseo abandonó sus bueyes, corrió detrás de Elías y le dijo: “Déjame dar a mis padres el beso de despedida y te seguiré”. Elías le contestó: “Ve y vuelve, porque bien sabes lo que ha hecho el Señor contigo”.

Se fue Eliseo, se llevó los dos bueyes de la yunta, los sacrificó, asó la carne en la hoguera que hizo con la madera del arado y la repartió a su gente para que se la comieran. Luego se levantó, siguió a Elías y se puso a su servicio.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 15, 1-2a. 5. 7-8. 9-10.11

R/. Enséñanos, Señor, el camino de la vida.

Protégeme, Dios mío, pues eres mi refugio. Yo siempre he dicho que tú eres mi Señor. El Señor es la parte que me ha tocado en herencia: mi vida está en sus manos. **R/.**

Bendeciré al Señor, que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor y con él a mi lado, jamás tropezaré. **R/.**

Por eso se me alegran el corazón y el alma y mi cuerpo vivirá tranquilo, porque tú no me abandonarás a la muerte ni dejarás que sufra yo la corrupción. **R/.**

Enséñame el camino de la vida, sácíame de gozo en tu presencia y de alegría perpetua junto a ti. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

La vocación de ustedes es la libertad.

De la carta del apóstol san Pablo a los gálatas: 5, 1. 13-18

Hermanos: Cristo nos ha liberado para que seamos libres. Conserve, pues, la libertad y no se sometan de nuevo al yugo de la esclavitud. Su vocación, hermanos, es la libertad. Pero cuiden de no tomarla como pretexto para satisfacer su egoísmo; antes bien, háganse servidores los unos de los otros por amor. Porque toda la ley se resume en un solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pues si ustedes se muerden y devoran mutuamente, acabarán por destruirse.

Los exhorto, pues, a que vivan de acuerdo con las exigencias del Espíritu; así no se dejarán arrastrar por el desorden egoísta del hombre. Este desorden está en contra del Espíritu de Dios, y el Espíritu

está en contra de ese desorden. Y esta oposición es tan radical, que les impide a ustedes hacer lo que querían hacer. Pero si los guía el Espíritu, ya no están ustedes bajo el dominio de la ley.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO 1 Sm 3, 9; Jn 6,68

R/. Aleluya, aleluya.

Habla, Señor, que tu siervo te escucha. Tú tienes palabras de vida eterna. R/.

EVANGELIO

Jesús tomó la firme determinación de ir a Jerusalén. — Te seguiré a dondequiera que vayas.

Del santo Evangelio según san Lucas: 9, 51-62

Cuando ya se acercaba el tiempo en que tenía que salir de este mundo, Jesús tomó la firme determinación de emprender el viaje a Jerusalén. Envío mensajeros por delante y ellos fueron a una aldea de Samaria para conseguirle alojamiento; pero los samaritanos no quisieron recibirlo, porque supieron que iba a Jerusalén. Ante esta negativa, sus discípulos Santiago y Juan le dijeron: “Señor, ¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo para que acabe con ellos?” Pero Jesús se volvió hacia ellos y los reprendió. Después se fueron a otra aldea.

Mientras iban de camino, alguien le dijo a Jesús: “Te seguiré a dondequiera que vayas”. Jesús le respondió: “Las zorras tienen madrigueras y los pájaros, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene en dónde reclinar la cabeza”.

A otro, Jesús le dijo: “Sígueme”. Pero él le respondió: “Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre”. Jesús le replicó: “Deja que los muertos entierren a sus muertos. Tú ve y anuncia el Reino de Dios”.

Otro le dijo: “Te seguiré, Señor; pero déjame primero despedirme de mi familia”. Jesús le contestó: “El que empuña el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios”.

Palabra del Señor. *Gloria a ti, Señor Jesús.*

Se dice Credo.

PLEGARIA UNIVERSAL

Pidamos, hermanos, al Señor que escuche nuestras oraciones, para que podamos alegrarnos al recibir su ayuda, respondiendo: Escúchanos, Señor. (R/. Escúchanos, Señor.)

Por los ministros de la Iglesia que han consagrado su vida al Señor y por todos los pueblos que adoran al Dios verdadero, *roguemos al Señor.*

Para que el tiempo sea bueno y todos podamos gozar de una naturaleza limpia en la bella sucesión de las diversas estaciones, *roguemos a Dios, que con sabiduría gobierna al mundo.*

Por los que son víctimas de la debilidad humana, del espíritu de odio o de envidia o de los otros vicios del mundo, *roguemos al Redentor misericordioso.*

Encomendémonos mutuamente al Señor, pongamos toda nuestra existencia en sus manos y oremos con confianza al autor y guardián de todo lo que tenemos y poseemos.

Dios nuestro, que nos has convocado para celebrar tus sacramentos, escucha nuestras oraciones y mantén nuestra libertad con la fuerza y la suavidad de tu amor, para que nunca disminuya nuestra fidelidad a Cristo en el generoso servicio a nuestros hermanos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, que bondadosamente realizas el fruto de tus sacramentos, concédenos que seamos capaces de servirte como corresponde a tantos misterios. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 17, 20-21

Padre, te ruego por ellos, para que sean uno en nosotros y el mundo pueda creer que tú me has enviado, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la víctima divina que te hemos ofrecido y que acabamos de recibir, nos vivifique, Señor, para que, unidos a ti con perpetuo amor, demos frutos que permanezcan para siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.-Las exigencias de Jesús vistas a detalle podrían parecer demasiado radicales para los lectores actuales. Acostumbrados a las comodidades que la tecnología nos ha permitido alcanzar, pensaríamos innecesario sacrificar todo eso como requisito para seguir a Jesús. Lo mismo podría decirse en relación con la familia, que sigue siendo la institución en la que más se apoya y más confía el mexicano actual. Si nos desprendiéramos de la familia quedaríamos sin un solo apoyo confiable y seguro. No es que Jesús demande rupturas o desinterés hacia la familia, sino que al momento de discernir, tomemos como referente y valor decisivo el proyecto fraterno del Reino de Dios. Ese mismo proyecto puede ayudarnos para reorganizar y mejorar nuestras relaciones filiales y familiares.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Vocación de Eliseo (1R 19,16b.19-21)

1ª lectura

La respuesta de Eliseo a la llamada de Elías es ejemplar: deja todo y se pone al servicio del profeta. Así será también la respuesta de los Apóstoles a Jesús (cfr Mt 4,20.22; etc.) y así habrá de ser la respuesta a la vocación cuando el Señor llama a una misión que exige dejarlo todo. Pero la llamada de Jesús es aún más apremiante que la de Elías, tal como se pone de relieve en el pasaje evangélico en el que Jesús, a uno que le dice: «Te seguiré, Señor, pero primero permíteme despedirme de los de mi casa», el Señor le responde: «Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios» (Lc 9,61-62). Y es que obedecer a la llamada supone radicalidad en la entrega: *Despréndete de las criaturas hasta que quedes desnudo de ellas. Porque —dice el Papa San Gregorio— el demonio nada tiene propio en este mundo, y desnudo acude a la contienda. Si vas vestido a luchar con él, pronto caerás en tierra: porque tendrá de dónde cogerte* (S. Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 149).

El nombre de «Eliseo» significa «Mi Dios salva» y da razón de la figura y actividad de este profeta, de modo semejante a como el nombre de «Elías» encerraba la esencia de su mensaje: «Mi Dios es El Señor».

La libertad cristiana (Ga 5,1.13-18)

2ª lectura

Para Pablo la libertad cristiana no significa libertinaje: la ley de Cristo confirma y profundiza el Decálogo (vv. 13-15). Cristo dio a los diez mandamientos nuevo vigor y mostró que la clave y resumen de todos ellos es el Amor: un amor a Dios, que lleva consigo necesariamente el amor al prójimo. «Puede también preguntarse —comenta San Agustín— por qué el Apóstol habla aquí sólo del amor al prójimo, con el cual dijo que se cumple la Ley (...), cuando en realidad la caridad sólo es perfecta si se viven los dos preceptos del amor a Dios y al prójimo (...). Pero ¿quién puede amar al prójimo, es decir, a todo hombre, como a sí mismo, si no ama a Dios, ya que sólo con su precepto y su don puede cumplir el amor al prójimo? De ahí que, como ambos preceptos no se pueden guardar uno sin otro, basta nombrar uno de ellos» (*Expositio in Galatas* 45).

La libertad quiere decir que el hombre es capaz de caminar hacia Dios, su verdadero y último fin (vv. 16-26). Se es libre cuando se es conducido por el Espíritu de Dios.

Exigencias del seguimiento de Jesús (Lc 9,51-62)

Evangelio

Al encaminarse decididamente a Jerusalén, hacia la cruz, Jesús cumple voluntariamente el designio del Padre (cfr 9,31), que había determinado que por su pasión y muerte llegase a la resurrección y ascensión gloriosas.

«El tiempo de su partida» (v. 51). Literalmente, «el tiempo de su ascensión». Se refiere al momento en que Jesucristo, abandonando este mundo, ascienda a los cielos. El evangelista describe la subida a Jerusalén como una ascensión a donde iba a manifestarse la salvación. Pero la exaltación pasa por la cruz, de ahí el doble sentido que tiene esa palabra en el lenguaje cristiano: «La cruz es llamada también gloria y exaltación de Cristo. Ella es el cáliz rebosante, de que nos habla el salmo, y la culminación de todos los tormentos que padeció Cristo por nosotros. El mismo Cristo nos enseña que la cruz es su gloria. (...) También nos enseña Cristo que la cruz es su exaltación, cuando dice: *Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*. Está claro, pues, que la cruz es la gloria y exaltación de Cristo» (S. Andrés de Creta, *Sermo 10 de Exaltatione Sanctae Crucis*).

«Pero no le acogieron» (v. 53). Los samaritanos eran enemigos de los judíos desde la mezcla de los antiguos hebreos con los gentiles que repoblaron la región de Samaría en la época del cautiverio asirio, a finales del siglo VIII a.C. (2 R 17,24-41). Las desavenencias se hicieron más intensas con la restauración de Jerusalén, tras el destierro en Babilonia (cfr Ne 13,4-31). Por estos y otros motivos, los samaritanos no reconocían el Templo de Jerusalén como el único lugar donde se podían ofrecer sacrificios, y construyeron su propio templo en el monte Garizim (cfr Jn 4,20). Jesucristo corrige el deseo de venganza de sus discípulos (vv. 54-56), opuesto a la misión del Mesías que no ha venido a perder a los hombres sino a salvarlos. De este modo, los Apóstoles van aprendiendo que el celo por las cosas de Dios no debe ser áspero ni violento. «El Señor hace admirablemente todas las cosas (...). Actúa así con el fin de enseñarnos que la virtud perfecta no guarda ningún deseo de venganza, y que donde está presente la verdadera caridad no tiene lugar la ira y, en fin, que la debilidad no debe ser tratada con dureza, sino que debe ser ayudada» (S. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam, ad loc.*).

Algunos manuscritos griegos, que fueron seguidos por la *Vulgata*, añaden al final del v. 55: «diciendo: No sabéis a qué espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre no ha venido a perder a los hombres sino a salvarlos».

Como en los inicios de su actividad (cfr 5,1-11), también ahora hay personas que se sienten llamadas a seguir a Jesús (vv. 57-62). Pedro y los demás Apóstoles «dejaron todas las cosas» (cfr 5,11.28) para seguirle; estas personas, en cambio, todavía tienen que desprenderse de algo. Del mismo modo, su actitud contrasta con la de Cristo a quien poco antes el evangelista ha mostrado firmemente decidido (cfr 9,51) en su camino hacia Jerusalén. Seguir a Jesús exige radicalidad: «A veces [la voluntad] parece resuelta a servir a Cristo, pero buscando al mismo tiempo el aplauso y el favor de los hombres. (...) Se empeña en ganar los bienes futuros, pero sin dejar escapar los presentes. Una voluntad así no nos permitirá llegar nunca a la verdadera santidad» (Juan Casiano, *Collationes* 4,12).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

El candidato descartado. Las villas de Samaria

Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.

No parece estar muy de acuerdo con la razón el considerar como un hombre sencillo y fiel a aquel que fue rechazado por la dignidad del Señor cuando le prometió su obediencia y su servicio; en verdad, el Señor no busca la apariencia de la entrega, sino la pureza del corazón. También había dicho El más arriba: *El que recibe a un niño como éste en mi nombre... (9,10).*

En este pasaje, el Señor nos enseña que la simplicidad debe estar libre de arrogancia, la caridad de envidia y la entrega de todo engreimiento. Porque, en realidad, aun al hombre adulto se le aconseja tener un espíritu infantil, ya que el niño, al no atribuirse nada a sí mismo, se adapta perfectamente a la virtud, y, no teniendo todavía razón, desconoce también la culpa. Sin embargo, puesto que muchos sostienen que la simplicidad sin la razón no es una virtud, sino un defecto, tienes que estar bien atento para que puedas adquirir lo que es verdadero, es decir, conseguir este don natural por medio de tu trabajo.

Y por eso dijo: *Quien recibe a un niño en mi nombre a Mí me recibe. Y el que me recibe a Mí, recibe a Aquel que me ha enviado.* En efecto, quien recibe a un imitador de Cristo, recibe al mismo Cristo, y el que recibe la imagen de Dios, recibe a Dios. Pero precisamente porque no podíamos ver la imagen de Dios, Él se nos ha hecho presente por medio de la encarnación de su Verbo, y así acercarnos la divinidad, realidad que está tan por encima de nosotros.

Y si por un celo de una caridad más acrisolada, Juan, que fue muy amado por haber amado él mucho, cree que hay que excluir del beneficio a aquel que no se sintió con fuerzas para seguir al Señor, me parece que debe ser adoctrinado más que reprendido; y no debe ser reprendido porque le guiaba el amor, pero debe ser enseñado para que pueda conocer la diferencia que existe entre los enfermos y los sanos. Y por eso el Señor, aunque recompensa a los esforzados, no, por lo mismo, descarta a los débiles.

Dejadles venir y no les impidáis; pues quien no está contra vosotros está a vuestro favor. Esto es verdad, Señor; pues José y Nicodemo, discípulos tuyos, aunque se escondieron por miedo, con todo, cuando los necesitaste, no te negaron su ayuda. Y puesto que en otro lugar dijiste: *el que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama (Lc 9,23)*, debes explicárnoslo Tú, para que no parezca que existe una paradoja. Creo que cualquiera que trate de comprender un poco a Aquel que escruta las inteligencias, no puede dudar de que toda actuación de los hombres está presente a su entendimiento. Y a uno le dice: *Sígueme*; a otro: *las raposas tienen cuevas*. El primero

es aceptado, el segundo rechazado, y, con este ejemplo, verás que el que verdaderamente se entrega es recibido, y al que no lo es se le excluye.

Y si El increpó a sus discípulos porque querían que descendiera fuego sobre aquellos que no recibieron a Cristo, nos quiere enseñar con ello que no siempre hay que vengarse de los que pecan, porque a veces la clemencia tiene grandes ventajas para adquirir más paciencia, y lograr así la corrección del culpable. Además, los samaritanos creyeron más pronto en aquellos que apartaron el fuego de aquel lugar. Al mismo tiempo aprende que El no quiso ser recibido por aquellos de quienes sabía que no se convertirían con una mente sincera; pues, de haberlo querido, habría hecho hombres entregados aun de esos mismos que estaban dominados por el egoísmo. La razón de por qué no le recibieron, la dejó consignada el mismo evangelista al decir: *porque tenía la apariencia de uno que se dirigía a Jerusalén*. Los discípulos hacían gestiones para que se les recibiera en Samaria, pues Dios llama a los que quiere y hace religiosos a los que le place. Es cierto que los discípulos que siguen a la Ley no pecan; y así sabían que Finees fue tenido por justo cuando mató a los sacrílegos (Nm 15,7ss; Sal 105,30ss) y que, a ruegos de Elías, había bajado fuego del cielo para vengar la injuria inferida al profeta (1 R 18,38). Sólo el que tiene miedo consiente en vengarse, pero el que no teme nada no lo busca. Este mismo pasaje también nos enseña que los apóstoles tuvieron la prerrogativa de los profetas, dado que se apropian, por vía de plegaria, una potestad igual a la del mayor profeta. Efectivamente, habían presumido con cierta razón, que, puesto que eran “Hijos de Trueno”, a su palabra habría descendido el fuego del cielo.

Pero el Señor hace admirablemente todas las cosas. El no recibe a nadie que se entrega con presunción ni se enfada para castigar a quienes, egoístamente, rechazan a su propio Señor, y actúa así con el fin de enseñarnos que la virtud perfecta no guarda ningún deseo de venganza y que, donde está presente la verdadera caridad, no tiene lugar la ira y, en fin, que la debilidad no debe ser tratada con dureza, sino que debe ser ayudada. La indignación está lejos de las almas piadosas, como lo está el deseo de venganza de las almas magnánimas y la amistad irreflexiva y la necia simplicidad, de las prudentes. De ahí que se le dijera a ése: *Las raposas tienen madrigueras*, y no se le admitiera su entrega, y la razón es que no parecía bueno su deseo. En verdad, la hospitalidad de la fe debe ser plenamente consciente, para que, al temer la posibilidad de dar la intimidad de nuestro interior a los infieles, no caigamos, por una credulidad inconsiderada, en las redes de la maldad ajena.

Mas, para que no parezca que queremos desviarnos de la razón por la que en este pasaje el Señor no deja actuar libremente a aquellos que pueden imperar a los espíritus por la imposición de las manos en el nombre de Jesús, y a los que, según Mateo, dijo : *Nunca os conocí, apartaos de mí, obradores de iniquidad* (Mt 7,23), debemos advertir que no se da, en realidad, esa diferencia de sentidos ni esa disonancia en las palabras, sino que, por el contrario, en el clérigo se debe tener en cuenta una doble realidad, es decir, la del ministerio y la de sus propios actos de virtud, pues el nombre de Cristo, aunque tan grande, poco ayudaría, aun a los santos, si no fuese una especie de socorro para que ellos pudieran conseguir la gracia. Por eso nadie se debe ensoberbecer ni atribuirse la gloria de la conversión de otro, puesto que en éste es la virtud de Dios la que ha obrado el cambio y no poder alguno de la debilidad humana; porque el demonio no es vencido por tus méritos, pero sí por el odio tuyo hacia él.

Todo lo que el hombre puede hacer es dar prueba de una fe sincera y guardar los mandamientos con un corazón piadoso, con el fin de que no se le diga a él también eso de *las raposas tienen cuevas*. En efecto, este animal, astuto y siempre maquinando insidias, comete sus robos fraudulentamente. No puede ver el orden, la tranquilidad y la seguridad, ya que él lo que busca es la presa por los rincones de las casas de los hombres.

La raposa se compara a los herejes. El Señor llama a los gentiles, pero aparta de sí a los herejes; a la verdad, la raposa es un animal lleno de engaño y que prepara su morada allí donde ve que puede vivir oculto. Así son los herejes, que no quieren construirse una casa propia donde vivir, sino que se esfuerzan en engañar a los otros con sus embustes. Jacob habita en una casa (Gn 25,27); el hereje, por el contrario, vive en una cueva, es como una raposa astuta que siempre está meditando el engaño con el que atrapará a esa gallina del Evangelio, de la que está escrito: *¡Cuántas veces quise congregar a tus hijos como la gallina a sus polluelos y no quisiste! Por eso vuestra mansión va a quedar desierta* (Mt 23,27ss). Y con toda justicia deben tener madrigueras, ya que perdieron la casa que poseían. Este animal jamás se domestica, por eso dice el Apóstol: *Evita la compañía del hereje que ha sido ya corregido* (Tt 3,10); no sirve de ninguna utilidad ni de alimento para nadie; y es que sobre la cuestión del alimento Cristo había dicho: *Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre, que está en el cielo* (Jn 4,34). También al decir: *Cazad las raposillas que nos destrozan las viñas* (Ct 2,15), refiriéndose a las viñas pequeñas, no a las grandes, nos enseña que El aparta de sí y de sus frutos a esos animales. Y del mismo modo que Sansón ató teas encendidas a las caldas de las zorras y las soltó por las mieses de los filisteos (Jc15,4), así los herejes intentan incendiar los frutos ajenos, usando más de gritos estentóreos, que de una manera de hablar moderada —en realidad, los que reniegan del Verbo no pueden tener este lenguaje—; en la actualidad, tienen su lengua completamente suelta, pero, cuando venga el fin, la tendrán esclavizada, y las teas de sus colas serán el anuncio de su incendio final.

De la misma manera, las aves del cielo, que frecuentemente son el símbolo de los malos espíritus, construyen una especie de nidos en los corazones de los malvados; por eso el Hijo del hombre *no tiene dónde reclinar la cabeza* en medio de tanta abundancia de maldad. Y, puesto que, a la verdad, en el reino del engaño no puede encontrar sitio la simplicidad para habitar, la divinidad no puede tomar posesión del corazón de muchos hombres. Es cierto que *la cabeza de Cristo es Dios* (1 Co 11,3), y El, cuando ha encontrado un alma pura, deja reclinar, por así decir, la acción de su majestad; lo cual parece indicar que derrama una gracia más abundante en los corazones de los buenos.

Lc 9, 59-62. Otro llamamiento

Después y para que veas que Dios no desprecia los homenajes, sino el engaño, una vez descartado ese hombre doble, escoge para que le siga a otro, en el que no encontró engaño, y así le dice: *Sígueme*. Este llamamiento se lo dirige a uno de quien tenía noticia que acababa de morir su padre, pero este padre es, ciertamente, ese del que está escrito: *Olvídate de la casa de tu padre* (Sal 44,11). Observa cómo el Señor llama a aquellos que, aunque son poco prudentes, le mueven a piedad, y al que le pidió permiso para sepultar a su padre le responde: *Deja que los muertos entierren a sus muertos, y tú vete y anuncia el reino de Dios*.

Y si sabemos que el enterrar a los muertos es uno de los actos de la religión, ¿por qué se le prohíbe, en este pasaje, dar sepultura a los restos de su padre, si no es para que comprendas que las cosas de los hombres deben ser pospuestas a las de Dios? El cuidado es, ciertamente, bueno, pero los inconvenientes son, en este caso, mayores que aquél; ya que, al dividir ese cuidado, se distrae el afecto, y el que reparte su diligencia entre muchas cosas, retrasa su aprovechamiento. Por lo cual, es necesario vencer antes los obstáculos mayores; y así los apóstoles, para no entorpecer su quehacer de predicar, ordenaron a otros que cuidaran de los pobres.

Y cuando el Señor les envió a enseñar, les prescribió que no saludaran a nadie en el camino, y no porque viese que el deber de la cortesía era algo condenable, sino porque la entrega a llevar a cabo su deber les era de mayor consuelo. Pero ¿cómo pueden los muertos sepultar a los muertos?

¿No será que tal vez con esto se te quiera indicar que hay una doble muerte, la de la naturaleza y la del pecado? Sin embargo, se da también una tercera muerte, en la cual morimos al pecado y vivimos para Dios, como Cristo, que murió al pecado; en efecto: *porque muriendo, murió al pecado una vez para siempre; pero viviendo, vive para Dios* (Rm 6,10).

Existe una muerte que separa la unión del cuerpo y del alma, muerte que no se debe temer ni debe ser algo agobiante, sino que es preciso ver en ella un punto de partida y no un castigo; ningún hombre valeroso debe temerla, y el verdaderamente inteligente debe desearla, y el que lleve una vida miserable puede desearla. De ella se ha escrito: *Los hombres buscarán la muerte y no la hallarán* (Ap 9,6).

Hay otra clase de muerte que pone fin a los placeres *terrenales, en la cual no muere la naturaleza, sino los vicios. De esta manera hemos muerto cuantos hemos sido sepultados en el bautismo, y, sepultados con Cristo, nos hemos hecho extraños a las cosas de este mundo* (Rm 6,4; Col 2,12), *olvidando con gusto las realidades pasadas. Esta es la muerte que Balaam quiso recibir cuando, con el fin de vivir para Dios, profetizó diciendo: ¡Muera yo la muerte de los justos, y sea mi descendencia semejante a la suya!* (Nm 23,10).

Y existe también la muerte que consiste en no conocer a Cristo, que es nuestra vida; ya que este conocimiento de Cristo es el elemento constitutivo de la vida eterna (Jn 17,3), la cual, ahora para los justos, permanece en la sombra, pero, al fin de la existencia, será vista cara a cara, pues *Cristo, el Señor, es el Espíritu que se presentará ante nuestro rostro*; de Él se ha dicho: *a su sombra viviremos entre las naciones* (Lm 4,20). Bajo la sombra de sus alas esperó David (Sal 56,2). Y la Iglesia ha deseado sentarse en su sombra (Ct 2,3).

Si sólo tu sombra, Señor Jesús, es tan agradable, ¿qué será, en realidad, tu verdad? ¿Cómo viviremos cuando ya no estemos en sombras, sino en la misma vida? Porque ya nuestra vida está escondida con Cristo en Dios; pero cuando se manifieste Cristo, que es nuestra vida, entonces también nos manifestaremos nosotros gloriosos con Él (Col 3,3ss). Y ¡qué dulce es la vida que no conoce la muerte!; por una ley de la naturaleza, esta vida del cuerpo está sujeta a la muerte, que muchas veces hasta se desea. También, frecuentemente, el alma conoce la muerte por la mancha del pecado —pues el alma que pecare perecerá (Ez 18,4)—; pero cuando, robustecida por la fuerza de la belleza, se encuentre lejos del pecado, ya no gustará más la muerte, sino que tomará posesión de la vida.

Tendamos, hermanos, hacia esa vida, aunque estemos tristes en este mundo, ya que no nos encontramos cerca de Dios (2 Co 5,6); pues el que no ha salido de su cuerpo, está todavía lejos de Dios. Y es mucho mejor morir y unirse a Dios (Flp 2, 23), con el fin de que seamos uno al lado de Dios todopoderoso, y podamos ver a su Hijo unigénito, una vez admitidos a la claridad de su naturaleza por la gloria de la resurrección, imitando la unidad de la paz eterna en una concordia irrompible de almas y en una alianza sin fin; y todo esto para que se cumpla lo que nos prometió el Hijo de Dios cuando elevó a su Padre esta oración : *Que todos sean uno, como nosotros lo somos* (Jn 17,21).

Y no es que se proscriba dar sepultura a los restos paternos, sino que es necesario anteponer la piedad de la religión divina a los derechos de la familia; esto es dejar a aquellos que tienen nuestra misma naturaleza, mientras que lo otro es un mandato que se da a los elegidos. Y precisamente porque la garganta de los impíos es un sepulcro abierto (Sal 5,10), se manda que hay que hacer desaparecer la memoria de aquellos cuyo valor deja de existir con el cuerpo; y no es que el hijo sea apartado del deber que tiene para con su padre, sino que esto es un modo de hacernos entender que el

creyente debe ser separado del infiel.

Los justos tienen una especie de sepultura propia, parecida a aquella de la que está escrito: *Al derramar este unguento sobre mi cuerpo, me ha ungido para mi sepultura* (Mt 26,12), y, por eso, todo aquel que sepulta en su interior a Cristo, por medio de la verdadera fe, no debe enterrar en su persona la pérfida fe del diablo.

Existe otra clase de sepultura tomada en sentido profético, que consiste en depositar sobre la tumba de nuestros antepasados lo que tú, lector, ya sabes y que no debe saber un incrédulo; es decir, lo que manda dejar sobre ella, no es algo de comida o de bebida, sino la revelación de la venerable participación en la ofrenda. En otras palabras, hemos de decir que aquí no se prohíben los dones, sino que se trata de un misterio por el que se nos hace imposible unirnos a los gentiles que están muertos a la gracia; y, puesto que los muertos no tienen vida, los sacramentos no pueden ser algo propio de ellos.

(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), L.7, 22-43, BAC, Madrid, 1966, pp. 356-366)

FRANCISCO – Ángelus 2013 y Homilía del 1 de octubre de 2013

Ángelus 2013

La conciencia es el espacio interior de la escucha de la verdad

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (Lc 9, 51-62) muestra un paso muy importante en la vida de Cristo: el momento en el que —como escribe san Lucas— «Jesús tomó la firme decisión de caminar a Jerusalén» (9, 51). Jerusalén es la meta final, donde Jesús, en su última Pascua, debe morir y resucitar, y así llevar a cumplimiento su misión de salvación. Desde ese momento, después de esa «firme decisión», Jesús se dirige a la meta, y también a las personas que encuentra y que le piden seguirle les dice claramente cuáles son las condiciones: no tener una morada estable; saberse desprender de los afectos humanos; no ceder a la nostalgia del pasado.

Pero Jesús dice también a sus discípulos, encargados de precederle en el camino hacia Jerusalén para anunciar su paso, que no impongan nada: si no hallan disponibilidad para acogerle, que se prosiga, que se vaya adelante. Jesús no impone nunca, Jesús es humilde, Jesús invita. Si quieres, ven. La humildad de Jesús es así. Él invita siempre, no impone.

Todo esto nos hace pensar. Nos dice, por ejemplo, la importancia que, también para Jesús, tuvo la conciencia: escuchar en su corazón la voz del Padre y seguirla. Jesús, en su existencia terrena, no estaba, por así decirlo, «telemandado»: era el Verbo encarnado, el Hijo de Dios hecho hombre, y en cierto momento tomó la firme decisión de subir a Jerusalén por última vez; una decisión tomada en su conciencia, pero no solo: ¡junto al Padre, en plena unión con Él! Decidió en obediencia al Padre, en escucha profunda, íntima, de su voluntad. Y por esto la decisión era firme, porque estaba tomada junto al Padre. Y en el Padre Jesús encontraba la fuerza y la luz para su camino. Y Jesús era libre; en aquella decisión era libre. Jesús nos quiere a los cristianos libres como Él, con esa libertad que viene de este diálogo con el Padre, de este diálogo con Dios. Jesús no quiere ni cristianos egoístas —que siguen el propio yo, no hablan con Dios— ni cristianos débiles —cristianos que no tienen voluntad, cristianos «telemandados», incapaces de creatividad, que buscan siempre conectarse a la voluntad de otro y no son libres—. Jesús nos quiere libres, ¿y esta libertad dónde se hace? Se

hace en el diálogo con Dios en la propia conciencia. Si un cristiano no sabe hablar con Dios, no sabe oír a Dios en la propia conciencia, no es libre, no es libre.

Por ello debemos aprender a oír más nuestra conciencia. Pero ¡cuidado! Esto no significa seguir al propio yo, hacer lo que me interesa, lo que me conviene, lo que me apetece... ¡No es esto! La conciencia es el espacio interior de la escucha de la verdad, del bien, de la escucha de Dios; es el lugar interior de mi relación con Él, que habla a mi corazón y me ayuda a discernir, a comprender el camino que debo recorrer, y una vez tomada la decisión, a seguir adelante, a permanecer fiel.

Hemos tenido un ejemplo maravilloso de cómo es esta relación con Dios en la propia conciencia; un ejemplo reciente maravilloso. El Papa Benedicto XVI nos dio este gran ejemplo cuando el Señor le hizo entender, en la oración, cuál era el paso que debía dar. Con gran sentido de discernimiento y valor, siguió su conciencia, esto es, la voluntad de Dios que hablaba a su corazón. Y este ejemplo de nuestro padre nos hizo mucho bien a todos nosotros, como un ejemplo a seguir.

La Virgen, con gran sencillez, escuchaba y meditaba en lo íntimo de sí misma la Palabra de Dios y lo que sucedía a Jesús. Siguió a su Hijo con íntima convicción, con firme esperanza. Que María nos ayude a ser cada vez más hombres y mujeres de conciencia, libres en la conciencia, porque es en la conciencia donde se da el diálogo con Dios; hombres y mujeres capaces de escuchar la voz de Dios y de seguirla con decisión.

La humildad es la fuerza del Evangelio

1 de octubre de 2013

“Hoy, aquí en el Vaticano, empieza la reunión con los cardenales consultores que están concelebrando la misa: pidamos al Señor que nuestro trabajo de hoy nos haga a todos más humildes, más mansos, más pacientes, más confiados en Dios. Para que así la Iglesia pueda dar un bello testimonio a la gente. Y viendo al pueblo de Dios, viendo a la Iglesia, sientan el deseo de venir con nosotros”. Son las palabras del Papa Francisco al concluir la homilía de la misa celebrada con los miembros del Consejo de cardenales el martes 1 de octubre, por la mañana. Y en el día de la fiesta de santa Teresa del Niño Jesús, patrona de las misiones, el Papa recordó su testimonio de fe y de humildad.

El Papa Francisco inició la homilía comentando el pasaje evangélico de Lucas (Lc 9, 51-56): “Jesús -dijo- reprocha a estos dos apóstoles”, Santiago y Juan, porque “querían que bajara fuego del cielo sobre quienes no habían querido recibirle” en una aldea de samaritanos. Y “tal vez en su imagen estaba el arquetipo del fuego que bajó sobre Sodoma y Gomorra y destruyó todo”. Los dos apóstoles, como explicó el Pontífice, “sentían que cerrar la puerta a Jesús era una gran ofensa: estas personas debían ser castigadas”. Pero “el Señor se giró y les reprochó: éste no es nuestro espíritu”. De hecho “el Señor va siempre adelante, nos hace conocer cómo es el camino del cristiano. No es, en este caso, un camino de venganza. El Espíritu cristiano es otra cosa, dice el Señor. Es el espíritu que Él nos hará ver en el momento más fuerte de su vida, en la pasión: espíritu de humildad, espíritu de mansedumbre”.

“Y hoy, en la festividad de santa Teresa del Niño Jesús, nos hará bien pensar en este espíritu de humildad, de ternura, de bondad. Este espíritu manso propio del Señor que lo quiere de todos nosotros. ¿Dónde está la fuerza que nos lleva a este espíritu? Precisamente en el amor, en la caridad, en la conciencia de que nosotros estamos en las manos del Padre. Como leíamos al inicio de la misa: el Señor nos lleva, nos hace ir adelante, está con nosotros, nos guía”.

El libro del Deuteronomio “dice que Dios nos guía como un padre guía a su niño: con ternura. Cuando se oye esto, no hay ganas de hacer que baje fuego del cielo. No; no las hay. Viene el otro espíritu”: el espíritu “de esa caridad que todo sufre, todo perdona, que no se engríe, que es humilde, que no se busca a sí misma”.

El Santo Padre propuso en este punto la fuerza y la actualidad de la figura de santa Teresa del Niño Jesús: “La Iglesia sabia hizo a esta santa -humilde, pequeña, confiada en Dios, mansa- patrona de las misiones. No se entiende esto. La fuerza del Evangelio está precisamente ahí, porque el Evangelio llega justamente al punto más alto en la humillación de Jesús. Humildad que se convierte en humillación. Y la fuerza del Evangelio está precisamente en la humildad. Humildad del niño que se deja guiar por el amor y por la ternura del Padre”.

El Pontífice volvió entonces a la primera lectura de la celebración, tomada del libro de Zacarías (Za 8, 20-23). “En aquellos días, diez hombres de lenguas distintas de entre las naciones se agarrarán al manto de un judío diciendo: “Queremos ir con vosotros, pues hemos oído que Dios está con vosotros”“. Y continuó: “La Iglesia, nos decía Benedicto XVI, crece por atracción, por testimonio. Y cuando la gente, los pueblos ven este testimonio de humildad, de mansedumbre, de apacibilidad, sienten la necesidad” de la que habla “el profeta Zacarías: “¡Queremos ir con vosotros!”. La gente siente esa necesidad ante el testimonio de la caridad. Es esta caridad pública sin prepotencia, no suficiente, humilde, que adora y sirve. Es sencilla la caridad: adorar a Dios y servir a los demás. Este testimonio hace crecer a la Iglesia”. Precisamente por esto santa Teresa del Niño Jesús, “tan humilde, pero tan confiada en Dios, fue nombrada patrona de las misiones, porque su ejemplo hace que la gente diga: queremos ir con vosotros”.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010

2007

La libertad cristiana es seguimiento de Cristo en la entrega de sí

Queridos hermanos y hermanas:

Las lecturas bíblicas de la misa de este domingo nos invitan a meditar en un tema fascinante, que se puede resumir así: libertad y seguimiento de Cristo. El evangelista san Lucas relata que Jesús, «cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, se dirigió decididamente a Jerusalén» (Lc 9, 51). En la palabra «decididamente» podemos vislumbrar la libertad de Cristo, pues sabe que en Jerusalén lo espera la muerte de cruz, pero en obediencia a la voluntad del Padre se entrega a sí mismo por amor.

En su obediencia al Padre Jesús realiza su libertad como elección consciente motivada por el amor. ¿Quién es más libre que él, que es el Todopoderoso? Pero no vivió su libertad como arbitrio o dominio. La vivió como servicio. De este modo «llenó» de contenido la libertad, que de lo contrario sería sólo la posibilidad “vacía” de hacer o no hacer algo. La libertad, como la vida misma del hombre, cobra sentido por el amor. En efecto, ¿quién es más libre? ¿Quien se reserva todas las posibilidades por temor a perderlas, o quien se dedica «decididamente» a servir y así se encuentra lleno de vida por el amor que ha dado y recibido?

El apóstol san Pablo, escribiendo a los cristianos de Galacia, en la actual Turquía, dice: «Hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para vivir según la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros» (Ga 5, 13). Vivir según la carne significa seguir la tendencia egoísta de la naturaleza humana. En cambio, vivir según el

Espíritu significa dejarse guiar en las intenciones y en las obras por el amor de Dios, que Cristo nos ha dado.

Por tanto, la libertad cristiana no es en absoluto arbitrariedad; es seguimiento de Cristo en la entrega de sí hasta el sacrificio de la cruz. Puede parecer una paradoja, pero el Señor vivió el culmen de su libertad en la cruz, como cumbre del amor. Cuando en el Calvario le gritaban: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz», demostró su libertad de Hijo precisamente permaneciendo en aquel patíbulo para cumplir a fondo la voluntad misericordiosa del Padre.

Muchos otros testigos de la verdad han compartido esta experiencia: hombres y mujeres que demostraron que seguían siendo libres incluso en la celda de una cárcel, a pesar de las amenazas de tortura. «La verdad os hará libres». Quien pertenece a la verdad, jamás será esclavo de algún poder, sino que siempre sabrá servir libremente a los hermanos.

Contemplemos a María santísima. La Virgen, humilde esclava del Señor, es modelo de persona espiritual, plenamente libre por ser inmaculada, inmune de pecado y toda santa, dedicada al servicio de Dios y del prójimo. Que ella, con su solicitud materna, nos ayude a seguir a Jesús, para conocer la verdad y vivir la libertad en el amor.

2010

Quien renuncia a todo, para seguir a Jesús, entra en una nueva dimensión de la libertad

Queridos hermanos y hermanas:

Las lecturas bíblicas de la santa misa de este domingo me brindan la oportunidad de retomar el tema de la llamada de Cristo y de sus exigencias, tema que traté también hace una semana con ocasión de las ordenaciones de los nuevos presbíteros de la diócesis de Roma. En efecto, quien tiene la suerte de conocer a un joven o una chica que deja su familia de origen, los estudios o el trabajo para consagrarse a Dios, sabe bien de lo que se trata, porque tiene delante un ejemplo vivo de respuesta radical a la vocación divina. Esta es una de las experiencias más bellas que se hacen en la Iglesia: ver, palpar la acción del Señor en la vida de las personas; experimentar que Dios no es una entidad abstracta, sino una Realidad tan grande y fuerte que llena de modo sobreabundante el corazón del hombre, una Persona viva y cercana, que nos ama y pide ser amada.

El evangelista san Lucas nos presenta a Jesús que, mientras va de camino a Jerusalén, se encuentra con algunos hombres, probablemente jóvenes, que prometen seguirlo dondequiera que vaya. Con ellos se muestra muy exigente, advirtiéndoles que «el Hijo del hombre —es decir él, el Mesías— no tiene donde reclinar su cabeza», es decir, no tiene una morada estable, y que quien elige trabajar con él en el campo de Dios ya no puede dar marcha atrás (cf. *Lc 9, 57-58.61-62*). A otro en cambio Cristo mismo le dice: «Sígueme», pidiéndole un corte radical con los vínculos familiares (cf. *Lc 9, 59-60*). Estas exigencias pueden parecer demasiado duras, pero en realidad expresan la novedad y la prioridad absoluta del reino de Dios, que se hace presente en la Persona misma de Jesucristo. En última instancia, se trata de la radicalidad debida al Amor de Dios, al cual Jesús mismo es el primero en obedecer. Quien renuncia a todo, incluso a sí mismo, para seguir a Jesús, entra en una nueva dimensión de la libertad, que san Pablo define como «caminar según el Espíritu» (cf. *Ga 5, 16*). «Para ser libres nos libertó Cristo» —escribe el Apóstol— y explica que esta nueva forma de libertad que Cristo nos consiguió consiste en estar «los unos al servicio de los otros» (*Ga 5, 1.13*). Libertad y amor coinciden. Por el contrario, obedecer al propio egoísmo conduce a rivalidades y conflictos.

Queridos amigos, está llegando a su fin el mes de junio, caracterizado por la devoción al Sagrado Corazón de Cristo. Precisamente en la fiesta del Sagrado Corazón renovamos con los sacerdotes del mundo entero nuestro compromiso de santificación. Hoy quiero invitar a todos a contemplar el misterio del Corazón divino-humano del Señor Jesús, para beber de la fuente misma del Amor de Dios. Quien fija su mirada en ese Corazón atravesado y siempre abierto por amor a nosotros, siente la verdad de esta invocación: «Sé tú, Señor, mi único bien» (Salmo responsorial), y está dispuesto a dejarlo todo para seguir al Señor. ¡Oh María, que correspondiste sin reservas a la llamada divina, ruega por nosotros!

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La subida de Jesús a Jerusalén para su Muerte y Resurrección

587 Si la Ley y el Templo de Jerusalén pudieron ser ocasión de “contradicción” (cf. *Lc* 2, 34) entre Jesús y las autoridades religiosas de Israel, la razón está en que Jesús, para la redención de los pecados —obra divina por excelencia—, acepta ser verdadera piedra de escándalo para aquellas autoridades (cf. *Lc* 20, 17-18; *Sal* 118, 22).

“Maestro, ¿qué tengo que hacer...?”

2052 “Maestro, ¿qué he de hacer yo de bueno para conseguir la vida eterna?” Al joven que le hace esta pregunta, Jesús responde primero invocando la necesidad de reconocer a Dios como “el único Bueno”, como el Bien por excelencia y como la fuente de todo bien. Luego Jesús le declara: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos”. Y cita a su interlocutor los preceptos que se refieren al amor del prójimo: “No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás testimonio falso, honra a tu padre y a tu madre”. Finalmente, Jesús resume estos mandamientos de una manera positiva: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Mt* 19, 16-19).

2053 A esta primera respuesta se añade una segunda: “Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme” (*Mt* 19, 21). Esta respuesta no anula la primera. El seguimiento de Jesucristo implica cumplir los mandamientos. La Ley no es abolida (cf *Mt* 5, 17), sino que el hombre es invitado a encontrarla en la persona de su Maestro, que es quien le da la plenitud perfecta. En los tres evangelios sinópticos la llamada de Jesús, dirigida al joven rico, de seguirle en la obediencia del discípulo, y en la observancia de los preceptos, es relacionada con el llamamiento a la pobreza y a la castidad (cf *Mt* 19, 6-12. 21. 23-29). Los consejos evangélicos son inseparables de los mandamientos.

2054 Jesús recogió los diez mandamientos, pero manifestó la fuerza del Espíritu operante ya en su letra. Predicó la “justicia que sobrepasa la de los escribas y fariseos” (*Mt* 5, 20), así como la de los paganos (cf *Mt* 5, 46-47). Desarrolló todas las exigencias de los mandamientos: “Habéis oído que se dijo a los antepasados: No matarás [...]. Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal” (*Mt* 5, 21-22).

2055 Cuando le hacen la pregunta: “¿Cuál es el mandamiento mayor de la Ley?” (*Mt* 22, 36), Jesús responde: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas” (*Mt* 22, 37-40; cf *Dt* 6, 5; *Lv*

19, 18). El Decálogo debe ser interpretado a la luz de este doble y único mandamiento de la caridad, plenitud de la Ley:

«En efecto, lo de: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud» (Rm 13, 9-10).

La necesidad del discipulado

1036 Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un *llamamiento a la responsabilidad* con la que el hombre debe usar de su libertad en relación con su destino eterno. Constituyen al mismo tiempo un *llamamiento apremiante a la conversión*: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la puerta y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que la encuentran” (Mt 7, 13-14):

«Como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según el consejo del Señor, estar continuamente en vela. Para que así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra mereceremos entrar con Él en la boda y ser contados entre los santos y no nos manden ir, como siervos malos y perezosos, al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde “habrá llanto y rechinar de dientes”» (LG 48).

1816 El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: “Todos [...] vivan preparados para confesar a Cristo ante los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia” (LG 42; cf DH 14). El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación: “Todo [...] aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10, 32-33).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Llamados a la libertad

El Evangelio de hoy refiere tres encuentros de Cristo durante su viaje hacia Jerusalén. Posiblemente han tenido lugar en tiempos distintos; pero, el evangelista Lucas los presenta juntos, porque hacen referencia al mismo tema: las condiciones para seguir a Jesús.

«Le dijo uno: “Te seguiré adonde vayas”. Jesús le respondió: “Las zorras tienen madriguera, y los pájaros nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza”».

Era como decir: antes de decidirte, calcula bien las consecuencias. Jesús no quiere engañar a nadie. Los hombres políticos prometen mares y montes antes de las elecciones, reservándose hablar de dificultades sólo después de haberse asegurado el voto. Jesús hace exactamente lo contrario. Seguir a Cristo debe ser una elección en libertad. Nadie podrá nunca decir haber sido «engañado» por Cristo.

En el segundo encuentro es Jesús mismo quien hace la invitación a seguirle:

«A otro le dijo: “Sígueme”. Él respondió: “Déjame primero ir a enterrar a mi padre”. Le contestó: “Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios”».

En otra ocasión, Jesús afirma con fuerza el deber de honrar al padre y a la madre; dice, además, que no es lícito privarles del apoyo material, aunque éste fuese necesario por hacer una ofrenda al templo (cfr. *Marcos* 7, 10-13). Entonces, ¿cómo es tan drástico aquí? Él escudriñaba los corazones y ha visto en la petición una confesión por parte del que ha sido llamado, una indecisión, el deseo de tomarse tiempo, en suma, un subterfugio. Y esto es peligroso. Sus caminos pudieran ya no encontrarse más. Cuando es Dios mismo quien llama, cualquier otro deber pasa a un segundo término.

«Otro le dijo: “Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia”. Jesús le contestó: “El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el reino de Dios” ».

El seguimiento de Cristo no admite sentimientos, volver a pensar, compromisos. El labrador, que ara el campo con la vista vuelta atrás, de seguro no trazará un surco recto... Jesús da la misma enseñanza en positivo con las parábolas del tesoro escondido en el campo y la perla. Ni el ciudadano ni el mercader tienen tiempo para calcular o sopesar: a fin de no perder el tesoro y la perla lo venden todo y de inmediato. No miran hacia atrás.

La enseñanza perennemente actual de esta página del Evangelio es que no se puede relegar a Dios a un pequeño ángulo de la vida, anteponiéndole prácticamente todo: trabajo, negocios, deportes, familia... No debemos cometer el error de anteponer sistemáticamente lo urgente a lo importante. Hay una cosa verdaderamente importante en la vida, desperdiciada la cual está todo perdido.

Después de estas breves notas sobre el Evangelio, quisiera centrar la atención en la segunda lectura de hoy, que toca un tema vital para la vida cristiana. San Pablo escribe a los Gálatas:

«Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado. Por tanto, manteneos firmes, y no os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud... Hermanos, vuestra vocación es la libertad».

Finalmente, ¡música a nuestros oídos!, exclamará alguno. ¿Quién no ama la libertad? De un personaje del Purgatorio (en realidad, de sí mismo) Dante dice:

«Va buscando libertad, que es tan querida, cómo sabe quién rechaza la vida por ella» (*Purgatorio* 1,71 s.).

Libertad es la palabra que avasalla a todas las demás en el pensamiento moderno. Es la primera de las tres famosas palabras del salto Y seña de la revolución francesa: «Libertad, igualdad, fraternidad». La estatua de la libertad en la desembocadura del puerto de New York es el símbolo no sólo de América, sino también de la pretensión de todos los pueblos.

Este ideal ha entrado a formar parte de todas las declaraciones de los derechos humanos. Se habla de libertad de conciencia, de pensamiento, de palabra, de imprenta, de investigación, de libertad política, religiosa. Todo esto es una espléndida conquista, que debemos saludar con gozo.

El mundo moderno, lo sabemos bien, está no obstante lejos de realizar en la práctica todas estas libertades, que él mismo ha aprobado, sobre todo la más elemental de todas, que es la libertad de necesidades. Pero, la palabra de Dios nos revela, incluso, que si un día se consiguiese, no por ello la humanidad sería sin embargo verdaderamente libre. Existe, en efecto, otro nivel de libertad, sin la cual todas las libertades ratificadas por la carta de los derechos humanos, aun cuanto siendo nobles y bellas, no hacen al hombre plenamente libre.

Busquemos intentar descubrir de qué libertad se trata. Un poeta latino, Ovidio, famoso no ciertamente por ser un moralista, ha escrito dos versos que han llegado a ser proverbiales: «Veo el bien Y lo apruebo y, después, sigo o hago el mal» (*Video meliora proboque: / deteriora sequor*). Una

experiencia humana universal. Cuántas veces nosotros mismos estamos obligados a decir lo mismo. Uno entiende perfectamente que fumar, pasarse con los alcoholes, drogarse, frecuentar los juegos de azar... es la ruina. Lo ve con lucidez y se promete no hacerla; pero, después, cuando llega la ocasión, hace exactamente lo contrario de lo que se había propuesto.

Nadie ha descrito mejor esta situación que el mismo Pablo:

«Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco... aunque quiera hacer el bien, es el mal el que se me presenta... ¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?» (*Romanos 7, 15-24*).

Siguiendo en la segunda lectura, el Apóstol nos explica también por qué esta falta de libertad:

«La carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Hay entre ellos un antagonismo tal que no hacéis lo que quisierais. En cambio, si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la Ley».

El motivo principal por el que no somos libres, por lo tanto, no está fuera sino dentro de nosotros mismos. Es de dos tipos: o son los miedos, por los que observamos la ley, pero sin íntima convicción, esto es, sólo para evitar el reproche y el castigo, con la pretensión, además, de salvarse de este modo por mérito propio; o posiblemente, por el contrario, son los deseos desordenados, los instintos no sometidos a la razón, la sensualidad desenfrenada (esto significa el término «carne» en la Biblia), los que nos empujan a violar toda ley. Por lo tanto, por una parte, el legalismo y, por otra, el libertinaje.

Pero, la palabra de Dios no se limita a recordarnos que no somos libres y explicamos el motivo; hace más, nos indica también el remedio. Al grito de Pablo: «¿Quién me libraré?» sigue de inmediato la respuesta: «¡La gracia de Cristo» (*Romanos 7,25*). Muriendo por nosotros y dándonos su Espíritu, Cristo «nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte» (*Romanos 8,2*). Nos ha librado de todas las dos tiranías: la del pecado, que nos lleva a hacer el mal, y la de la ley, que nos conduce a hacer el bien, pero, por miedo y no por amor. Nos ha hecho libres como libre era él. Jesús es «el hombre libre que, en Pascua, contagia a los hombres con su libertad» (cfr. *Gálatas 5, 1ss.*; *Juan 8,36*).

El deber nuestro, ahora, es «permanecer libres» y no volver a caer en una de las dos esclavitudes. El peligro mayor, que corrían las personas, a las que se dirigía san Pablo, era el de volver a caer en la esclavitud de la ley, buscando ponerse al seguro ante Dios mediante la observancia de todas las prescripciones mosaicas y abandonando la gracia de Cristo. Pero, él no ignora que existe también el peligro opuesto, esto es, creer que ya todo es lícito desde el momento en que él nos ha librado del miedo a la ley. «¡Todo es lícito!», decían algunos de la comunidad de Corinto (*1 Corintios 6, 12*). A éstos el Apóstol les recuerda:

«Hermanos, vuestra vocación es la libertad: no una libertad para que se aproveche la carne; al contrario, sed esclavos unos de otros por amar».

Si nos preguntamos a cuál de los dos peligros de traicionar la libertad está más expuesto el hombre de hoy no se tarda en descubrir que es precisamente a este segundo. Hoy nosotros nos hemos redimido de la sujeción frente a la ley sobre todo la ley de Dios, los mandamientos. No tenemos miedo a los castigos ni siquiera al castigo del infierno. Vivimos en una sociedad «permisiva». Nuestro riesgo mayor de perder la libertad, que Cristo nos ha ganado, no consiste en ser esclavos de la ley sino en ser esclavos de las pasiones y de los instintos o hasta de las opiniones de la gente.

Nuestra «ley» , más rígida que la mosaica, es frecuentemente la ley del «así lo hacen todos», con recuerdo al título de la famosa obra de Mozart.

Pongo un ejemplo muy práctico: las relaciones prematrimoniales. Una muchacha de veintiséis años me escribía: «Debo dar gracias a mi novio. Él es una persona dulce, honesta, y me quiere. Pero, lo más bello es que de común acuerdo hemos escogido la castidad hasta el matrimonio. Cuando hablamos de lo que hemos escogido para dar a entender cuán bello sea amarse así y cómo llega a ser siempre más fuerte nuestra unión, nos toman por locos».

Ahora bien, yo me pregunto ¿dónde está ahora la libertad en estos dos jóvenes, que han «escogido de común acuerdo» esperar al matrimonio, o en los que les toman por locos? ¡Cuán poca libertad hay frecuentemente en los jóvenes que, como se dice, deciden quemar etapas! No siempre se trata de una pura y escueta cesión a los «deseos de la carne». A veces, el muchacho se siente como obligado a exigírselo a la muchacha, porque si no, ¿qué dirá a los compañeros cuando éstos se vanaglorian con él de sus conquistas en este campo? La muchacha se siente como obligada, de lo contrario tiene miedo a perder a su muchacho. Una cadena de obligaciones y de tácitos recatos que ¡con ironía! viene evocada para «ser libres de hacer lo que se quiere».

Ahora, antes de terminar, un pensamiento alentador. San Pablo, el gran cantor de la libertad cristiana, ha afirmado:

«Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 *Corintios* 3,17).

El motivo es sencillo: donde está el Espíritu de Cristo, esto es, la gracia, allí no está sólo el mandato de hacer o no hacer ciertas cosas; está, asimismo, la fuerza y la capacidad de hacerla. Es más, la gracia lo hace, ella misma, en nosotros y con nosotros.

En los primeros años de la «guerra fría» un libro titulado *He escogido la libertad* llamó mucho la atención. El autor, V. Kravtchenko, era un funcionario del partido comunista ruso huido con suerte a Occidente, quien revelaba, por vez primera, los horrores experimentados detrás de la cortina de hierro. El título de este libro podría llegar a ser nuestro lema y nuestro propósito, después de haber escuchado hoy Pablo, que nos ha hablado de otra libertad. ¡Escojamos también nosotros la libertad! La verdadera libertad, que Cristo nos ha ganado muriendo por nosotros en la cruz.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

La suave y fuerte exigencia divina

Entre los diversos detalles que, para nuestra edificación, nos brinda este fragmento del evangelio de san Lucas, podemos detenernos hoy en la exigencia e intransigencia con que se expresa Nuestro Señor, cuando se trata de tomarse en serio su seguimiento. El Reino de Dios, que vino Jesús a ofrecer a los hombres, no es algo de relativa importancia, como lo que depende de nuestra iniciativa. No nos es posible que imaginemos su grandeza y su esplendor. Ninguna inteligencia puede soñar con una realidad de más categoría. Ni que decir tiene, pues, que tiene una capacidad de satisfacernos que supera por mucho nuestras más audaces expectativas.

Por otra parte, además, el Reino de Dios en cuanto destino para los hombres, es el único sentido de nuestra vida. Hemos sido creados para Dios: cada aspecto específicamente humano de nosotros mismos, sólo tiene su completa realización en íntima unión con la divinidad. Por eso, el hombre está condenado a la infelicidad mientras no orienta su existencia hacia Dios. Y nadie, posiblemente, como san Agustín lo expresó de modo más claro y sintético: **nos hiciste, Señor, para**

ser tuyos y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti. Él mismo insiste en la misma idea, mostrando la experiencia cotidiana de insatisfacción de todo ser humano mientras no tiende decididamente hacia su único verdadero fin que es Dios: **el corazón del hombre puede ocuparse con muchas cosas, pero no puede colmarse; porque quien es capaz de Dios sólo queda satisfecho con Dios.**

Por tanto, la misión de Jesús y la de los que –como Él– difundieran el Evangelio, no podía ser una tarea que se emprendiera con poco empeño, o como dedicando los ratos libres. La vida de Cristo está claramente marcada por la exigencia heroica, y del mismo modo deben ser heroicos sus apóstoles. Lo advierte de modo taxativo a uno, que parecía dispuesto a acompañarle en el trabajo evangelizador: había de tener en cuenta que Él **no tiene donde reclinar la cabeza.** La vida que le esperaba a su lado no puede ser buscar el confort, como hacen siguiendo su instinto los animales: tan apremiante es la tarea que no queda nunca tiempo para pensar en la propia comodidad.

Por lo mismo, si Él llama, ningún sentido tiene poner condiciones. Nadie nos puede conocer como Jesús: sabe los problemas de cada uno, las dificultades y facilidades para el trabajo de nos espera en su servicio, y hasta las circunstancias concretas de todo tipo, que a cada uno le tocará sufrir al extender el Reino Dios. No espera Dios de ninguno más de lo que somos capaces de darle y, por lo demás, no conviene dejar a la imaginación que sugiera dificultades sin cuento. Por el contrario, es más objetivo pensar como san Pablo: **todo lo puedo en Aquel que me conforta.** El cristiano comprometido seriamente en propagar el Evangelio es, en efecto, capaz de muchísimo más de lo que imagina, porque puede afirmar, también con el Apóstol, **no soy yo, sino la Gracia de Dios conmigo.**

Consideremos también que el mismo Jesús, que no quiere castigar sin más a los samaritanos que no le quisieron brindar hospedaje, se muestra intransigente, sin embargo, con quien todavía añora de algún modo el pasado, habiendo decidido entregarse a la extensión de su Reino: **Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios,** afirma con rotundidad. Echar de menos una vida regalada, es desde luego una tentación real. Real y permanente sobre todo para cuantos, en medio del mundo y débiles como somos, no queremos ser mundanos, sino imitadores fieles de la conducta del Señor. Atrás quedan, para cualquier apóstol de nuestros días, la desocupación y el descanso por el descanso, la diversión como objetivo primordial, el esfuerzo de hoy con el fin de asegurar un mañana despreocupado, y, evidentemente, el cálculo en el servicio a los demás porque lo primero serían las propias cosas.

Como siempre, una mirada a la Madre de Dios nos ayuda a entender, mejor todavía, el tipo de exigencia –suave e intransigente a la vez– que debemos asumir para ser consecuentes con la inmensa grandeza y esplendor del amor que Dios nos tiene. A Ella, que también es Madre nuestra, nos encomendamos tranquilos: jamás se ha oído decir que abandone a sus hijos.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Vocación y vocaciones

El Evangelio de hoy se abre con una observación importante para comprender todo el Evangelio de Lucas: *Cuando estaba por cumplirse el tiempo de su elevación al cielo, Jesús se encaminó decididamente hacia Jerusalén.* Lucas dispuso gran parte de los preceptos y los hechos de Jesús, que él conocía, a lo largo de este viaje que lo llevará de Galilea a Jerusalén. No se trata de un simple desplazamiento geográfico sino de mucho más; es la subida de Jesús hacia su Pascua, es la realización de su “éxodo”, anunciado ya en el episodio de la Transfiguración (cf. Lc. 9.31). Es

importante tener presente este detalle cuando leamos los trozos evangélicos de los próximos domingos: ellos contienen palabras dichas por alguien que va al encuentro de su muerte y lo sabe.

Al comienzo del Evangelio, se relata un episodio desagradable, ligado a ese viaje de Jesús: la negativa de los samaritanos a recibirlo, justamente porque se dirigía a Jerusalén. (El Evangelio no privilegia ninguna categoría, ni siquiera la de los “no privilegiados”); los samaritanos, que en otras oportunidades son presentados como ejemplo contra los judíos —¡el buen samaritano!— aparecen aquí sometidos a prejuicios y en el error). Pero el mayor peso del fragmento está seguramente en la segunda parte, en esa serie de tres llamadas de Jesús, cada una de las cuales se abre con el verbo “seguir” en posición de marcado relieve: *Te seguiré... Sígueme... Te seguiré.*

La última de estas llamadas encuentra una correspondencia en la llamada de Eliseo por parte de Elías (1ª lectura); en la comparación, se ve la afinidad que hay entre el actuar de Jesús y el de los profetas, pero también su superioridad respecto de los profetas: cuando ya no es un hombre el que llama sino Dios en persona, no podemos demorarnos y mirar para atrás, ni siquiera para saludar a los de casa o sepultar a nuestro propio padre. La llamada de Jesús es más autorizada y más urgente que la de Elías, justamente porque él es “más que Elías”. Jesús no sólo pide cosas inauditas sino que —y es lo que más asombra— obtiene lo que quiere. Les dice a Pedro, a Santiago y a Juan: *Síguenme*, y ellos dejaron sus redes y a su padre y lo siguieron (cf. Mc. 1, 16ssq.); le dice a Francisco de Asís: “Vamos, vende lo que tienes, y luego ven y sígueme”, y Francisco, deja al padre Pedro de Bernardone y empieza a seguir a Jesús en la pobreza. También hoy, de un modo que parece haber tornado doblemente absurdo su pedido, Jesús continúa haciendo oír su “¡Ven y sígueme!” y hay jóvenes de ambos sexos que, ante esa invitación, dejan la familia, la carrera y los sueños juveniles y lo siguen para ser sus discípulos a tiempo (y corazón) completo.

Si queremos tomar, como estamos acostumbrados a hacerla, el tema central de la palabra de Dios de este domingo, me parece que no existen dudas: es la vocación, la llamada. Curiosamente, también la segunda lectura hoy versa sobre este argumento; más aún, contiene la afirmación capital al respecto: *Ustedes, hermanos, han sido llamados para vivir en libertad.*

Cuando se habla entre nosotros de vocación, debemos disipar inmediatamente un equívoco; durante mucho tiempo, esta palabra se utilizó para indicar una vocación especial: la del estado religioso y sacerdotal, de modo que la mayoría de los cristianos ya no lo consideran, actualmente, como un problema que les interesa directamente, sino, como mucho, sólo indirectamente por la ayuda que deben dar para favorecer las vocaciones, para mantener el seminario, etc. El Concilio Vaticano II echó por tierra este prejuicio (cf. el texto de *Lumen Gentium* 2); hay una vocación fundamental que es de todos y para todos (por lo tanto, también para los creyentes no cristianos); toda otra vocación particular procede de ella y se inserta en ella. Es necesario volver a descubrir qué significa el hecho de que, en el Nuevo Testamento, los creyentes en Cristo sean todos designados con el nombre de “llamados” (*vocati*) y que la totalidad del cuerpo de los creyentes haya recibido el nombre de *ecclesia*, o sea de con-vocación. Tenemos al respecto una guía incomparable: Pablo en la epístola a los Efesios. En dos escenas sucesivas, describe, primero “la vocación”, luego “las vocaciones”, o sea primero la llamada común a todos (Ef. 4,4: Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como hay una misma esperanza, a la que ustedes han sido *llamados*, de acuerdo con la *vocación* recibida), luego la llamada propia de cada uno (Ef. 4, 11: *Él comunicó a unos el don de ser apóstoles, a otros profetas, a otros predicadores del Evangelio...*). A la luz de la experiencia vivida por la Iglesia en dos mil años de vida, estas vocaciones particulares se agruparon en tres tipos o formas principales, cada una de las cuales admite, en el uso interno, una gran variedad de

especificaciones y carismas; ellas son: la vocación laica o secular, la vocación al sacerdocio, la vocación al estado religioso (cf. LG 31).

Es necesario machacar con fuerza que lo que nos une en la Iglesia en una única vocación “es infinitamente más importante que lo que nos distingue; que ser discípulos de Cristo y estar en la Iglesia está por delante de ser laicos o sacerdotes, de pertenecer a esta o aquella orden religiosa, a esta o aquella congregación, a este o aquel grupo eclesial. Afortunadamente, está dándose en la Iglesia un fenómeno grandioso de “reagregación” que no es, sin embargo, de tipo político, sino religioso: es el redescubrimiento de ser todos hermanos en Cristo, llamados a una misma esperanza. Muchas formas externas se están adecuando y deben adecuarse a esto; ya no es posible que casados y solteros, clérigos y laicos, hermanas y religiosos, vivan en la Iglesia en compartimientos estancos, formando casi sectas separadas y que se eviten entre ellos como si fueran un peligro unos para otros. Para formar un coro, las distintas voces deben cantar juntas y no es casual que de los primeros cristianos se diga reiteradamente que “estaban todos reunidos en el mismo lugar” (cf. Hech. 2, 1.44).

Esto no significa desdeñar la importancia y la belleza de las vocaciones particulares, especialmente las que implican una consagración total a Dios; al contrario, una Iglesia renovada y, por así decirlo, reactivada en todos sus miembros, exigirá, más que antes, que haya formas de vida totalmente consagradas al Reino, en la contemplación, en el ministerio sacerdotal, en el del anuncio de la palabra, del testimonio y de las obras de caridad. Sólo que estas vocaciones especiales serán más claramente alimentadas y sostenidas por la vocación que es de toda, la Iglesia. Más aún, estas vocaciones no sólo serán exigidas, sino que resultará menos difícil seguirlas. ¡Cuántos cristianos, hay, al perfilarse una vocación de este tipo en su familia, reaccionan de un modo extraño, incomprensible y ofensivo para Dios, vale decir considerándose afectados por una especie de desgracia, especialmente si se trata de una hija que quiere entrar en clausura! Si los padres hubieran aprendido a considerar su vida misma como una vocación, ciertamente, no reaccionarían así, sino que, como ya ocurre en algunos casos, se sentirían felices y agradecidos por haber recibido un gran don; dejaría de existir una de las principales causas de la “crisis de las vocaciones”.

Tratemos entonces de delinear hoy en qué consiste esa vocación fundamental común a todos nosotros. Digamos, ante todo, que la vocación, antes que una cosa, es un estado de ánimo, un modo de concebir la propia existencia. Vivir la vida cristiana como vocación significa vivirla como respuesta a un llamado, precisamente al llamado que Dios nos hizo recibir en Cristo Jesús y que nos hace recibir, momento a momento, a través de la voz de nuestra conciencia; significa vivirla en obediencia, en disposición, en vigilancia, pero también en libertad, porque la fe —nos dijo Pablo— es siempre una “llamada a la libertad”, libertad verdadera que es fruto del Espíritu que nos hace capaces de amar a los otros y de gozar; significa vivirla en tensión constante y fecunda.

Pero cada uno tiene el deber de descubrir esa dimensión más existencial de la propia vocación. Se nos impone ahora descubrir también *los contenidos de la vocación*, o sea a qué somos llamados en concreto. Aquí, el Evangelio, con ese imperativo pronunciado por Jesús: *¡Sígueme!* nos pone frente al contenido de fondo de la vocación: nuestra llamada esencial es a *seguir a Cristo*; somos llamados a estar con él, a compartir todo con él, las pruebas, pero también el amor y la complacencia del Padre; somos llamados a “ser en Cristo Jesús” (cf. 1 Col 1,30), vale decir a existir por él y en él. Esta llamada a ir tras Jesús, después de Pentecostés, se especifica como llamada a entrar en la Iglesia, que es su cuerpo, el lugar de la convocación: “Todos los hombres son llamados a formar el pueblo de Dios” (LG 13). Estar en la Iglesia no es, por lo tanto, un hecho que se deba a circunstancias fortuitas; es fruto de una llamada de Dios que encontró su consagración en el Bautismo.

En la Iglesia, somos llamados no para estar en ella pasivamente, sino para realizar nuestra vocación personal y comunitaria; cada uno de nosotros, por el simple hecho de estar en el mundo, es llamado a realizar su ser hombre o mujer; están inscriptos en nuestros deseos, proyectos, expectativas; la comunidad cristiana debe ser el lugar ideal donde esas potencialidades se desarrollen al máximo, de tal manera que seamos en Cristo —como decía San Pablo— hombres “perfectos” y “maduros” (cf. Ef. 4, 13). Este proceso de maduración personal se abre, mediante la caridad, para favorecer el de los demás y para construir así la comunidad en sus diversos ámbitos: la familia, la sociedad, la Iglesia. En la segunda lectura, el Apóstol nos da la regla de oro para lograr esa armonía entre el crecimiento individual en la libertad y el comunitario en la caridad: *Ustedes, hermanos, han sido llamados para vivir en libertad, pero procuren que esta libertad no sea un pretexto para satisfacer los deseos carnales: háganse más bien servidores los unos de los otros, por medio del amor.*

En esencia, somos llamados a la santidad; los cristianos son “santos por vocación” (Rom. 1.7); por eso Pedro escribe: *Así como aquel que los llamó es santo, también ustedes sean santos en toda su conducta* (1 Pedro 1,15). También aquí, el Concilio Vaticano II rompió con cierta mentalidad que consideraba a la santidad como una vocación para poquísimos privilegiados y habló en cambio, con gran insistencia, de una “vocación universal a la santidad” (LG 39-40). Los frutos de este redescubrimiento se están manifestando ya en medio del pueblo cristiano: se observa una necesidad nueva y difundida de santidad; me atrevería a decir, una familiaridad nunca antes conocida con la idea de hacerse santo. Se ha comprendido, de hecho, que la santidad no se identifica con algunos fenómenos extraordinarios y además que muchos fenómenos, considerados extraordinarios en el pasado (los carismas) son por el contrario acordados por Dios con mucha abundancia a quienquiera que se abre a la acción de su Espíritu, como ocurría en la primitiva Iglesia.

Son muchos los medios objetivos, disponibles en la Iglesia para realizar esa vocación a una vida santa: los sacramentos, la palabra de Dios, el ejemplo de los santos, la guía del magisterio; pero todos estos *medios objetivos*, para ser eficaces y operantes, necesitan de ese *medio subjetivo* por excelencia que es la propia conciencia. Es aquí donde Dios continúa llamando al hombre y a hacerle entender qué quiere de él; es aquí donde se vuelven concretas para mí los llamados que Jesús dirige en el Evangelio a sus discípulos; es aquí donde, con sus continuas “llamadas”, Dios me impulsa a realizar mi “llamada”, con elecciones precisas, en situaciones precisas. La conciencia es el “repetidor” de Dios: es necesario redescubrir ese lugar dentro de nosotros y volver a acostumbrarnos al diálogo con nuestra conciencia; allí, se dijo, habita la verdad; allí, Dios da sus respuestas a quien las pide con sinceridad e insistencia: Señor, ¿qué quieres que haga?, a quien, en otras palabras, después de haber descubierto su vocación fundamental, está en busca también de su vocación particular en la Iglesia y en la vida.

Hay una palabrita que sirve en toda la Biblia para expresar la respuesta del hombre a la llamada de Dios: la pronunció Abraham cuando Dios lo llamó para que dejara su tierra; la pronunció Samuel cuando Dios lo llamó a la vocación profética; la pronunció María cuando Dios la llamó a ser madre del Salvador; es la exclamación: ¡Aquí estoy! *¡Aquí estoy, porque me has llamado!* (1 Sam. 3,5). También a nosotros, a través de la página del Evangelio de hoy, nos fue renovada una llamada: *¡Sígueme!* Es Jesús quien nos llama; no debemos dejar de lado su invitación; es terrible pensar que él puede llamarnos y luego seguir sin nosotros, porque no tuvimos el coraje de responderle: ¡Aquí estoy! Es terrible, porque la de Jesús no es una llamada cualquiera; es la llamada a la salvación, a la vida, a realizar el sentido mismo de la existencia; no responder, significa faltar a la cita con la felicidad. “*Timeo Iesum transeuntem*”: Tengo miedo de Jesús que pasa; o mejor: de que Jesús pase.

Solos, no somos capaces de responder a la llamada de Jesús; nos faltan las fuerzas; a la primera caída, nos desalentamos. Por eso, debemos rogarle a menudo así: *Llévame contigo, ¡corramos!* (Cant. 1.4). Tú mismo, Jesús, dijiste que nadie puede seguirte “si el padre no lo lleva”. Que nos atraiga entonces el Padre” con vínculos de amor” como prometió; que nos atraiga con el perfume que se desprende de tu nombre y que se llama el Espíritu Santo. Atráenos tú mismo con la fuerza y la suavidad de tu Eucaristía y haznos sentir desde dentro, cuando entres en nosotros, esas palabras tuyas llenas de aliento que resonaron hoy entre nosotros: “Yo soy la luz del mundo, quien me sigue tendrá la luz de la vida” (Acl. al Evang.)

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La negativa de los samaritanos a hospedar a Jesús y los suyos que se dirigen a Jerusalén, provocó en Santiago y Juan una reacción airada que no gustó al Señor. Bien porque no dar alojamiento en Oriente era una grosería imperdonable o bien porque pensarán que Jesús no se merecía ese rechazo, estos dos discípulos le piden permiso para que llueva fuego del cielo y los arrase.

Cristo “les regañó”, nos dice el Evangelio de hoy. En otros códices donde se narra este mismo episodio se dice que Jesús contestó: “No sabéis a qué espíritu pertenecéis”, ignoráis de qué abismo de maldad ha surgido esa petición. Las represalias, el devolver mal por mal no es del espíritu de Jesús, quien en la Cruz, por ejemplo, soportando un dolor físico y moral atroz puesto que sus enemigos se están burlando de Él y de la causa por la que muere, suplicó al Padre el perdón para sus verdugos porque no sabían lo que hacían.

¡En cuántas ocasiones somos maltratados por personas que son más ignorantes que malas! ¡Personas que no advierten los intereses que lesionan, los sentimientos que hieren con su modo de proceder! He aquí una razón para no regatear el perdón ya que el Señor no lo hace con nosotros ante ofensas mucho más graves.

El dominio de uno mismo al afrontar los contratiempos e injusticias que la vida y los demás nos causan fue inculcado constantemente por Jesús. Preguntémonos al hilo de estas consideraciones en esta celebración dominical: ¿Llevo bien las contrariedades de cada día y las veo como ocasiones de reparar por mis faltas y por tantos abusos como se cometen contra Dios y su Iglesia? ¿Pongo mala cara y manifiesto visiblemente mi irritación cuando algo no me gusta o noto la ausencia de algo que esperaba? ¿Procuró hablar sin herir, respondiendo siempre con sosiego, sin crispaciones, tan poco cristianas? ¿Me esfuerzo por no ser protestón, cascarrabias, negativo?

Quien no sabe comprender y perdonar no sabe amar y tampoco será perdonado por el Padre del Cielo. “¡Escuchad y comprended todos! -dice Juan Pablo II- Dios abraza todas las cosas. Dios, en el que vivimos, nos movemos y existimos, (Cf Act 17,28), ha elegido la tierra como morada suya, ha nacido en Belén; ha hecho de los corazones humanos el espacio de su reino. ¿Podemos ignorar todo esto? ¿Es lícito destruir la morada de Dios entre los hombres?” Hay que decidirse a que el amor propio herido, la soberbia, la vanidad... no destruyan la armonía familiar, laboral, social.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

Libres para ser esclavos por amor

I. LA PALABRA DE DIOS

1 R 19, 16b.19-21: Eliseo se levantó y marchó tras Elías

Sal 15, 1-2a y 5.7-8.9-10.11: El Señor es mi lote y mi heredad

Ga 4, 31b-5,1.13-18: Vuestra vocación es la libertad

Lc 9,51-62: Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Te seguiré a donde vayas

II. LA FE DE LA IGLESIA

«Dios ha querido “dejar al hombre en manos de su propicia decisión”. Para que puede adherirse libremente a su Creador y llegar así a la bienaventurada perfección» (1743). «La libertad alcanza su perfección, cuando está ordenada a Dios, el Supremo Bien» (1744).

«No hay verdadera libertad sino en el servicio del bien y de la justicia» (1733).

«Por su Cruz gloriosa, Cristo obtuvo la salvación para todos los hombres. Los rescató del pecado que los tenía sometidos a esclavitud. Para ser libres nos liberó Cristo» (1741).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«Dios omnipotente y misericordioso, aparta de nosotros los males, para que, bien dispuesto nuestro cuerpo y nuestro espíritu, podamos libremente cumplir tu voluntad» (Misal romano) (1742).

«El hombre es racional, y por ello semejante a Dios; fue creado libre y dueño de sus actos» (S. Ireneo) (1730).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

Después de anunciar la Pasión, Jesús inicia el camino de Jerusalén. Invita a seguirle, pero rechaza a aquellos que no lo hacen en la pobreza y la renuncia a todo lo mundano.

El profeta Eliseo es figura del seguimiento radical, deja todas sus cosas para seguir con generosidad y radicalidad a su maestro, el profeta Elías.

El apóstol instruye a los nuevos cristianos para que no pierdan la libertad lograda en Cristo y les advierte sobre el uso correcto de esa gracia: el servicio mutuo con amor, y el dominio de las pasiones.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

El seguimiento de Cristo, ley nueva, ley de amor, de gracia, de libertad: 1972.

La libertad humana en la economía de la salvación: 1739-1742.

La respuesta:

Libertad y responsabilidad: 1730-1738.

C. Otras sugerencias

El seguimiento de Cristo es la vocación del cristiano. Es una decisión libre del discípulo, pero el Señor también pone condiciones. No es la decisión libre del discípulo la única determinación para seguir a Jesucristo. La libertad no es el único valor absoluto.

¿Qué se entiende hoy por libertad? ¿Qué es la libertad para el cristiano? Importante cuestión pues el cristiano ha de ser libre. Más aún: Para ser libre nos liberó Cristo.

Libres porque así nos ha creado Dios. Libres porque así nos ha redimido de la esclavitud el Señor. Libres para buscar y alcanzar el Bien Supremo. Libres para hacernos esclavos por el amor. Contradicción entre este concepto de libertad y el de la cultura actual.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

No mirar atrás.

– **Exigencias de la vocación: prontitud en la entrega, desprendimiento, no poner condiciones...**

I. Las lecturas de la Misa nos ayudan a meditar las exigencias que la propia vocación lleva consigo en el servicio a Dios y a los hombres. La *Primera lectura*¹ muestra cómo Elías es enviado por Dios desde el Horeb, para que consagrara como profeta de Yahvé a Eliseo. Bajó Elías del monte y encontró a Eliseo arando; *pasó a su lado y le echó encima el manto*, indicando con este gesto que Dios lo tomaba a su exclusivo servicio. Eliseo respondió con prontitud y con plenitud, sin dejar atrás nada que le retuviera: *cogió la yunta de bueyes y los mató, hizo fuego con los aperos, asó la carne y ofreció de comer a su gente. Luego se levantó y marchó tras Elías...* San Lucas nos presenta en el Evangelio de la Misa² a tres personas que pretenden seguir al Señor. El primero se acerca a Jesús *mientras iban de camino* en ese largo viaje, el último, hacia Jerusalén y hacia el Calvario. Las disposiciones de este nuevo discípulo parecen excelentes: *te seguiré adonde quiera que vayas*, le dice al Maestro. Y ante esta muestra de generosidad, el Señor quiere dejarle claro el género de vida que le espera si de verdad le sigue, para que luego no se llame a engaño. La misión de Cristo es un ir y venir constante, predicando el Evangelio y dando la salvación a todos, y *no tiene dónde reclinar la cabeza*. Así ha de ser la vida de los que le sigan: han de estar desprendidos de las cosas y su disponibilidad ha de ser completa.

Al segundo, es el mismo Señor quien le llama: *Sígueme*, le dice. Este posible discípulo que es invitado a seguir de cerca al Maestro quiere oír la llamada, pero no inmediatamente; piensa en un tiempo más oportuno, porque le retiene un asunto familiar. No se da cuenta de que, cuando Dios llama, ése es precisamente el momento más oportuno, aunque en apariencia, miradas con ojos humanos las circunstancias que rodean una vocación, puedan encontrarse razones que aconsejen dilatar la entrega para más adelante. Dios tiene unos planes más altos para el discípulo y para quienes, aparentemente, saldrían perjudicados por su marcha. Tiene todo dispuesto desde la eternidad para que de esa elección resulte el bien de todos. La disponibilidad de quien siga a Cristo ha de ser pronta, alegre, desprendida, sin condiciones³. Dilatar la entrega ante Jesús que pasa a nuestro lado puede significar que más tarde, cuando intentemos de nuevo darle alcance, ya no lo encontremos. El Señor sigue su camino. Es grave ceder a la “tentación de las dilaciones” ante la entrega que pide Cristo⁴.

¹ 1 Rey 19, 16; 19-21.

² Lc 9, 57-62.

³ F. FERNANDEZ CARVAJAL, *El Evangelio de San Lucas*, Palabra, 5ª ed., Madrid 1988, in loc.

⁴ Cfr. F. SUAREZ, *La Virgen Nuestra Señora*, Rialp, 17ª ed., Madrid 1984, pp. 70-71.

Dios nos llama, a cada uno en unas peculiares circunstancias. Veamos hoy en nuestra oración si estamos respondiendo con prontitud, con desasimiento, sin condiciones, a la peculiar vocación que Cristo nos ha dado.

– **Las pruebas de la fidelidad.**

II. El tercero de los discípulos (sólo San Lucas lo menciona) quiere *volver atrás* para despedirse de los suyos. Quizá desea estar un tiempo, el último, con los de su familia. Éste parece que ya “ha puesto la mano en el arado”, que está decidido a seguir al Maestro. Pero la llamada del Señor siempre urge porque *la mies es mucha y los operarios son pocos*. Y hay mieses que se estropean porque no hay quien las recoja. Entretenerse, mirar atrás, poner “peros” a la entrega, todo es lo mismo. Jesús le dice: *Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios*. La nueva labor del que es llamado es como la del arado palestino, que es difícil de guiar y más aún en la tierra dura de las orillas del lago de Genesaret. No se puede mirar atrás después de haber puesto la mano en el arado; no se puede volver la cara atrás después de la llamada del Señor. Para ser fieles, y felices, es preciso *tener siempre los ojos fijos en Jesús*⁵, como el corredor que, iniciada la carrera, no se distrae en otros asuntos: sólo le importa la meta; como el labrador que se fija en un punto de referencia y hacia él dirige el arado. Si mira atrás, el surco le sale torcido.

A veces, la tentación de *mirar atrás* puede llegar a causa de las propias limitaciones, del ambiente que choca frontalmente con los compromisos contraídos, de la conducta de personas que tendrían que ser ejemplares y no lo son y, por eso mismo, parecen querer dar a entender que el *ser fiel* no es un valor fundamental de la persona; en otras ocasiones puede llegar esa tentación a causa de la falta de esperanza, al ver la santidad como lejana a pesar de los esfuerzos, de luchar una y otra vez. “Después del entusiasmo inicial, han comenzado las vacilaciones, los titubeos, los temores. -Te preocupan los estudios, la familia, la cuestión económica y, sobre todo, el pensamiento de que no puedes, de que quizá no sirves, de que te falta experiencia de la vida.

Te daré un medio seguro para superar esos temores -¡tentaciones del diablo o de tu falta de generosidad!-: “desprécialos”, quita de tu memoria esos recuerdos. Ya lo predicó de modo tajante el Maestro hace veinte siglos: “¡no vuelvas la cara atrás!”⁶. Por el contrario, en esas situaciones, que pueden cargarse de añoranzas, hemos de mirar a Cristo que nos dice: *Sé fiel, sigue adelante*. Y siempre que nuestra mirada se dirige a Jesús adelantamos un buen trecho en el camino. ***No existe jamás razón suficiente para volver la cara atrás***⁷.

“*Mirar atrás* -enseña San Atanasio- no es sino tener pesares y volver a tomarle gusto a las cosas del mundo”⁸. Es la tibieza, que se introduce en el corazón de quien no tiene los ojos puestos en el Señor; es no haber llenado el corazón de Dios y de las cosas nobles de la propia vocación.

Mirar atrás, a lo que se dejó, “a lo que pudo ser”, con nostalgia o tristeza puede significar en muchos casos romper la reja del arado contra una piedra, o por lo menos que el surco, la misión encomendada, salga torcido... Y en la tarea sobrenatural a la que el Señor nos llama a todos, lo que está en juego son las almas.

Nosotros queremos sólo tener ojos para mirar a Cristo y todas las cosas nobles en Él. Por eso podemos decir con el Salmo responsorial de la Misa: *El Señor es mi lote y mi heredad. Me enseñarás*

⁵ Heb 12, 2.

⁶ SAN JOSEMARÍA, *Surco*, n. 133.

⁷ IDEM, *Es Cristo que pasa*, Rialp, 1ª ed., Madrid 1973, 160.

⁸ SAN ATANASIO, *Vida de San Antonio*, 3.

*el sendero de mi vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha*⁹. “El sendero de la vida” es la propia vocación, que hemos de mirar con amor y agradecimiento.

– **Virtudes que sostienen nuestro camino hacia el Señor.**

III. El Espíritu Santo ha querido, a través de San Lucas, señalarnos las palabras a estos tres discípulos para que las apliquemos a la llamada que hemos recibido de Dios.

El hombre se define por la vocación recibida. Cada hombre es aquello para lo que Dios lo ha creado, y la vida humana no tiene otro sentido que ir conociendo y realizando libremente esa voluntad divina. “El hombre se realiza o se pierde, según que cumpla en su vida el designio concreto que sobre él tiene Dios”¹⁰. Todos hemos recibido una vocación, es decir, una llamada a conocer a Dios, a reconocerle como fuente de vida, una invitación a entrar en la intimidad divina, al trato personal, a la oración; una llamada a hacer de Cristo el centro de la propia existencia, a seguirle, a tomar decisiones teniendo siempre presente su querer; una llamada a conocer a los demás hombres como personas e hijos de Dios, y, por tanto, una llamada a superar de manera radical el egoísmo para vivir la fraternidad, para llevar a cabo un apostolado fecundo y hacer que conozcan a Dios; una llamada para entender que esto se ha de realizar en la propia vida, según las condiciones en las que Dios ha colocado a cada uno y según la misión que personalmente le corresponde desarrollar¹¹.

La fidelidad a la propia vocación lleva consigo responder a las llamadas que Dios hace a lo largo de la vida. Habitualmente se trata de una fidelidad en lo pequeño de cada jornada, de amar a Dios en el trabajo, en las alegrías y penas que conlleva toda existencia, de rechazar con firmeza aquello que de alguna manera significa mirar donde no podemos encontrar a Cristo. La fidelidad se apoya en una serie de virtudes esenciales, sin las cuales se haría difícil o imposible seguir al Maestro: la humildad para reconocer que -como aquella estatua colosal de la que nos habla el *Libro de Daniel*¹²- tenemos los pies de barro; la prudencia y la sinceridad, que son consecuencias de la humildad; la caridad y la fraternidad, que impiden encerrarnos en nosotros mismos; el espíritu de mortificación, que lleva a la templanza, a la sobriedad, a la lucha contra la comodidad y el aburguesamiento, a no buscar compensaciones, que acabarían resultando amargas, pues alejan del Señor; el espíritu de oración, que nos lleva a tratar a Dios como a un Amigo, como al Amigo de toda la vida. “El que no deja de ir adelante -enseña Santa Teresa-, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino sino dejar la oración”¹³.

Le decimos al Señor que queremos ser fieles, que no deseamos otra cosa en la vida que seguirle de cerca en las horas buenas y en las malas. Él es el eje alrededor del cual gira nuestra vida, es el centro al que se dirigen todas nuestras acciones. Señor, sin Ti nuestra vida quedaría rota y descentrada.

Acudamos al terminar nuestra oración a la Virgen fidelísima, nuestra Madre Santa María.

Pbro. José MARTÍNEZ Colín (Culiacán, México) (www.evangelinet.net)

Sígueme

⁹ Sal 15, 11.

¹⁰ J. L. ILLANES, *Mundo y santidad*, Rialp, Madrid 1984, p. 108.

¹¹ Cfr. *Ibidem*, p. 110.

¹² Cfr. *Dan* 2, 33.

¹³ SANTA TERESA, *Vida*, 19, 5.

Hoy, el Evangelio nos invita a reflexionar sobre nuestro seguimiento de Cristo. Importa saber seguirlo como Él lo espera. Santiago y Juan aún no habían aprendido el mensaje de amor y de perdón: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?» (Lc 9,54). Los otros convocados aún no se desprendían realmente de sus lazos familiares. Para seguir a Jesucristo y cumplir con nuestra misión, hay que hacerlo libres de toda atadura: «Nadie que (...) mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios» (Lc 9,62).

Con motivo de una Jornada Misionera Mundial, Juan Pablo II hizo un llamamiento a los católicos a ser misioneros del Evangelio de Cristo a través del diálogo y el perdón. El lema había sido: «La misión es anuncio de perdón». Dijo el Papa que sólo el amor de Dios es capaz de hermanar a los hombres de toda raza y cultura, y podrá hacer desaparecer las dolorosas divisiones, los contrastes ideológicos, las desigualdades económicas y los violentos atropellos que oprimen todavía a la Humanidad. Mediante la evangelización, los creyentes ayudan a los hombres a reconocerse como hermanos.

Si nos sentimos verdaderos hermanos, podremos comenzar a comprendernos y a dialogar con respeto. El Papa ha subrayado que el empeño por un diálogo atento y respetuoso es una condición para un auténtico testimonio del amor salvífico de Dios, porque quien perdona abre el corazón a los demás y se hace capaz de amar. El Señor nos lo dejó dicho en la Última Cena: «Que os améis los unos a los otros, así como Yo os he amado (...). En esto reconocerán todos que sois discípulos míos» (Jn 13,34-35).

Evangelizar es tarea de todos, aunque de modo diferente. Para algunos será acudir a muchos países donde aún no conocen a Jesús. A otros, en cambio, les corresponde evangelizar a su alrededor. Preguntémonos, por ejemplo, si quienes nos rodean saben y viven las verdades fundamentales de nuestra fe. Todos podemos y debemos apoyar, con nuestra oración, sacrificio y acción, la labor misionera, además del testimonio de nuestro perdón y comprensión para con los demás.
